

La fecundidad del antagonismo en John Stuart Mill.

Pollitzer Maria.

Cita:

Pollitzer Maria (2010). *La fecundidad del antagonismo en John Stuart Mill*. V Congreso Latinoamericano de Ciencia Política. Asociación Latinoamericana de Ciencia Política, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-036/729>

Trabajo preparado para su presentación en el V Congreso Latinoamericano de Ciencia Política, organizado por la Asociación Latinoamericana de Ciencia Política (ALACIP), Bs. As., 28 a 30 de julio de 2010.

Área temática: Teoría Política

Título de la ponencia: La fecundidad del antagonismo en John Stuart Mill

Autora: María Pollitzer

Dirección de correo electrónico: maria_pollitzer@hotmail.com

Institución: Universidad Católica Argentina (ICPRI)

La fecundidad del antagonismo en John Stuart Mill

MARÍA POLLITZER

Resumen: El mayor peligro al que están expuestas las sociedades democráticas no es la anarquía o el amor al cambio sino “el estancamiento y la inmovilidad a la china”. Así lo entendió el filósofo inglés, John Stuart Mill (1806-1873), quien alertó sobre esta peligrosa alternativa a lo largo de toda su vida. Su preocupación se manifiesta tanto en sus tempranos artículos periodísticos, publicados durante la década del 30', como en sus grandes obras de madurez. El presente trabajo tiene por objeto analizar el “remedio” ofrecido por Mill para hacer frente a esta enfermedad, remedio que se articula en torno al elogio de la diversidad y el antagonismo sistemático. La existencia de estos principios en una sociedad es - desde esta perspectiva - la única condición que hace factible la reconciliación entre la estabilidad y el verdadero progreso.

I- INTRODUCCIÓN

En una carta fechada en mayo de 1840, Mill felicita a su colega francés, Alexis de Tocqueville, por las reflexiones contenidas en el segundo volumen de su famosa obra, *La démocratie en Amérique*, y confiesa que considera un “cumplido a la justeza de sus propias opiniones” el hecho de haber comprobado que una de las conclusiones a las que había arribado Tocqueville coincidía “exactamente” con lo que él mismo venía pensando desde hacía varios años y de manera casi solitaria en el suelo inglés. Es decir, que “el verdadero peligro para la democracia, el mal verdadero contra el que hay que luchar, empleando todos los recursos humanos (...), no es la anarquía ni el amor al cambio, sino el estancamiento y la inmovilidad a la china”¹. Ésta es una preocupación que lo acompañó a lo largo de toda su vida y que se manifiesta no sólo en su correspondencia privada, sino también en varios de sus artículos periodísticos y en sus grandes obras de madurez.

Para Mill, el estancamiento es, en pocas palabras, “el más grave de los peligros, la principal fuente de casi todos los males sociales”². Supone una sociedad uniforme y apática, el adormecimiento de las grandes controversias, el letargo de las clases gobernantes y la opacidad de los caracteres individuales. “Comparativamente hablando, ahora los hombres leen, escuchan y ven las mismas cosas, van a los mismos lugares, sus esperanzas y sus miedos se dirigen hacia los mismos objetos, tienen los mismos derechos y las mismas libertades”³ - constata en una ocasión. Gozan de una suerte de “pacificación intelectual” que se ha impuesto a costa del “sacrificio del coraje moral del espíritu humano”⁴.

¹ Cfr. *The Collected Works of John Stuart Mill* Toronto, University of Toronto Press & London, Routledge and Kegan Paul, 1972, (en adelante *C.W.*), Vol. XIII, pp. 434-435. John Stuart Mill reseñó ambos volúmenes de la *Democracia*. El primero apareció en octubre de 1835 en la *London Review* y el segundo en octubre de 1840 en la *Edinburgh Review*. Ambas reseñas se encuentran en el Vol. XVII de las obras completas. El único encuentro que tuvieron ambos autores fue en mayo de 1835, con ocasión del segundo viaje de Tocqueville a Inglaterra. Introducidos por el economista Nassau Senior aparentemente se vieron únicamente en dos ocasiones (26 y 29 de mayo), y mantuvieron desde entonces una interesante correspondencia.

² Carta dirigida a Ralph Waldo Emerson fechada el 12 de Agosto de 1867, en: *C.W.* Vol. XVI, p. 1306.

³ *On Liberty*, en: *C.W.*, Vol. XVIII, p. 273.

⁴ *Ibidem*, p. 242.

Un escenario que ciertamente lo inquieta y que explica las palabras que dirige a su amigo, el historiador T. Carlyle, en Julio de 1832: “A veces pienso que, en lugar de montañas y valles, el dominio del intelecto está por convertirse en una llanura muerta, nada muy por encima del nivel general, nada muy debajo suyo”⁵. El estancamiento, entonces, no solamente trunca el progreso sino que también implica “un lento deterioro” que carcome los resortes vitales de una sociedad. Se trata de un mal que- aparentemente- pocos percibían pero que, a los ojos de Mill, amenazaba tanto a Inglaterra como a Francia e incluso a la naciente república americana.

¿Cómo hacer para evitar dicho estancamiento? ¿Cómo salvar a las sociedades democráticas del error hacia el que parecen encaminarse ciegamente? La apuesta central de Mill pasa por el reestablecimiento de un principio caro al pensamiento liberal, el principio del antagonismo. Como sostenía N. Bobbio⁶, una de las notas distintivas de esta tradición intelectual es el elogio de la variedad, la confianza depositada en los efectos saludables que la existencia misma de la diversidad y el contraste entre individuos, grupos e ideas introduce en la vida de las sociedades. Lejos de ser una fuente de disgregación social, el antagonismo es fecundo y constituye la condición necesaria tanto para preservar los logros ya adquiridos como para abrirse a los progresos futuros. El propósito del siguiente trabajo consiste en analizar la manera en que Mill entiende este “remedio” y revisar en qué ámbitos debe encarnarse para ser verdaderamente efectivo.

II- LA LECTURA DE GUIZOT Y LA APUESTA POR EL ANTAGONISMO SISTEMÁTICO

La lucha a favor del progreso y en contra del estancamiento fue una causa que Mill abrazó tempranamente y a la que- como él mismo decía- había esposado su corazón “sin posibilidad de divorcio”⁷. Tanto los discursos pronunciados en la *London Debating Society*⁸ como sus primeras contribuciones en las revistas londinenses- *Westminster Review* y luego *Examiner*-, ilustran su convicción respecto de la necesidad de mantener vivo el antagonismo. Allí, sugiere la conveniencia de contrabalancear, de alguna manera, el espíritu comercial que prevalecía entre las clases medias de Inglaterra y poco a poco se iba imponiendo sobre el resto de la sociedad. También anticipa sus argumentos a favor de la libertad de prensa, la importancia de la discusión y el elogio de los caracteres activos por sobre los pasivos, temas que décadas más tarde reaparecerán en sus principales libros.

⁵ Carta fechada el 17-7-1832, en: C. W., Vol. XII, p. 112. La misma idea aparece en el artículo de 1836, “Civilization”, *London and Westminster Review* (abril de 1836): “Aún si la civilización no hiciera nada para bajar las eminencias, produciría casi el mismo efecto al elevar los planos” (C.W., Vol. XVIII, p. 126).

⁶ N. Bobbio, *Liberalismo y democracia*. México, F.C.E., 1992 [1966], pp. 27-31.

⁷ “French and English Journals”, *Examiner* (2-12-1832), en: C. W., Vol. XXIII, pp. 772-3.

⁸ Mill formó parte de este grupo de discusión entre fines de 1825 y 1829. La sociedad congregaba a numerosos jóvenes, entre ellos algunos pertenecientes a los círculos universitarios de Cambridge y Oxford. La mayoría venían de las filas liberales aunque no faltaron representantes del partido tory. Charles Austin, Macaulay, Thirlwall, Wilberforce, Thomson, Fonblanque y Edward y H. Lyton Bulwer eran algunos de los asiduos asistentes. A raíz de su primer desencanto con la actuación de las personalidades más destacadas que se daban cita en las reuniones, sus intervenciones se fueron acrecentando y terminó por hablar en casi todos los debates. Los recuerda como excelentes ejemplos de discusiones polémicas sobre los principales asuntos de la política. Cfr. *Autobiography*, en: C. W., Vol. I.

Ahora bien, según G. Varouxakis⁹, estas ideas “preexistentes” en Mill, encontraron en la lectura de las obras de Guizot un marco teórico más amplio, una proyección histórica que completaba su planteo original. Como es bien sabido, el filósofo inglés fue una de las personalidades más informadas sobre los rasgos salientes de la vida política y cultural de Francia y de Europa en general durante el siglo XIX¹⁰. Realizó varios viajes al continente y mantuvo una abultada correspondencia con los pensadores más destacados de su época¹¹. Inspirado por el afán de sanear la completa ignorancia insular sobre el gran movimiento de ideas de Europa, publicó numerosas reseñas de las principales obras que circulaban por entonces¹². Trató contacto con la escuela saint-simoniana y siguió con atención a los doctrinarios franceses. Tal como afirma en uno de sus artículos titulado “*French News*”, ellos eran los hombres “más instruidos y brillantes de Francia”, “incomparablemente superiores- en tanto escritores y pensadores- a los whigs ingleses”¹³.

En concreto, en el caso de Guizot, se vanagloriaba de haber sido el responsable de la difusión de sus ideas entre sus connacionales¹⁴. Si bien fue muy crítico de su actuación durante la monarquía de Julio, supo reconocer que “gracias a sus *Ensayos y Lecciones* [éste] conseguir[ía] que la posteridad le perdon[ase] los errores cometidos en su carrera política”¹⁵. Se sabe que en los primeros años de la década del 30´ leyó sus *Essais sur l’Histoire de France* (1823) y sus *Cours d’Histoire Moderne*- que contenían tanto su *Histoire Générale de la Civilisation en Europe* (1828) como su *Histoire Générale de la Civilisation en France* (1829-32)¹⁶. Mill dedicó dos artículos a analizar

⁹ G. Varouxakis, “Guizot’s history works and John Stuart Mill’s reception of Tocqueville”, *History of Political Thought* 20, 2, 1999, pp. 292-312.

¹⁰ Mill escribió sobre una gran cantidad de temas en diversos periódicos durante 50 años, entre 1823 y 1873. Debates filosóficos, cuestiones de economía política, los principales acontecimientos continentales, el fenómeno singular de la reciente república americana y los asuntos políticos de la misma Inglaterra son tan sólo algunos de las cuestiones que captaron su atención. En dos ocasiones sus contribuciones se focalizaron en un tema principal: en 1830, la Revolución de Julio y los acontecimientos inmediatos despertaron en él un vivo interés, a tal punto que viajó junto con Roebuck a París. Sus impresiones dieron lugar a siete artículos publicados bajo el título “Prospects of France” y más de cien, agrupados bajo el rótulo “French News”.

¹¹ T. Carlyle, G. d’Eichtal, A. Comte, A. de Tocqueville, A. Bain, J. Michelet, G. Mazzini, L. Blanc, entre otros. El primer viaje a Francia lo realiza a los 14 años, en 1820. Se hospeda en la casa del hermano de Jeremy Bentham, Samuel Bentham. En esa ocasión conoce al economista S. Say, a Destutt-de Tracy, Duménil y recuerda haber visto en una oportunidad al mismo S. Simon. Cfr. “Journal and Notebook of a year in France”, en: *C.W.*, Vol. XXVI.

¹² Las críticas al aislamiento de los ingleses son recurrentes en los escritos de Mill. Cfr. Carta dirigida a Aristide Guilbert con fecha del 19-3-1835 (*C.W.*, Vol. XII, pp. 254-257), “On De Tocqueville’s Democracy in America I”, *London Review* (Octubre de 1835), “Guizot’s Lectures on European Civilization”, *London Review* (Enero de 1836), “Mignet’s French Revolution”, *London and Westminster Review* (Abril de 1836).

¹³ “French News”, *Examiner* (21-10-1832), en: *C.W.*, Vol. XXIII, pp. 680-1. Sin embargo, puntualiza que si bien ningún ministerio francés contó con hombres con tanto talento literario y habilidades políticas y filosóficas como se evidencia en las figuras de M. de Broglie, Guizot o Thiers, ninguno tampoco gobierna tan al como en éste.

¹⁴ Cfr. al respecto la carta enviada a Fox el día 16-4-1840 (*C.W.*, Vol. XIII, pp. 425-428) y “Guizot’s Essays and Lectures on history”, *Edinburgh Review* (Octubre de 1845), en: *C.W.*, Vol. XX.

¹⁵ “Armand Carrel”, *London and Westminster Review* (Octubre de 1837), en: *C.W.*, Vol. XX, pp. 185-186.

¹⁶ Existen suficientes referencias que avalan la tesis de Varouxakis respecto de la idea de que Mill había leído a Guizot antes de tener noticias de Tocqueville y de su obra, y que fue precisamente esta lectura la

la obra de Guizot: el primero fue publicado en Enero de 1836 en la *London Review* y el segundo, en Octubre de 1845 en la *Edinburgh Review*¹⁷.

Uno de los puntos que llamó particularmente la atención de Mill fue la razón en la cual el historiador francés hacía descansar el progresivo avance de la civilización europea por contraposición a los estados orientales, es decir, la existencia de una puja constante y necesaria entre diversos principios, poderes e ideas. En el primer artículo, Mill cita textualmente el pasaje en el que Egipto e India eran utilizados como ejemplo de sociedades signadas por la primacía de la unidad y la simplicidad en lugar de la diversidad y la multiplicidad. Esa misma simplicidad- explicaba Guizot- era la responsable de la monotonía que las caracterizaba. Allí, “el Estado no se [había disuelto]; la sociedad [subsistía], pero inmóvil y como congelada”¹⁸. En contrapartida, la historia europea proyectaba la imagen de un “*stormy chaos*”, en el que a lo largo de distintas épocas, una acción coordinada entre poderes rivales que naturalmente tendían hacia diferentes direcciones había evitado el peligro del estancamiento. En el segundo artículo, Mill vuelve sobre estas ideas e introduce el concepto de “antagonismo sistemático” o “perpetuo” para graficar aquello que considera la “única condición bajo la cual la estabilidad y el progreso pueden ser reconciliados de manera permanente”¹⁹.

Siempre dispuesto a incorporar aquellas verdades que otras miradas habían sabido reconocer, Mill hizo suya esta enseñanza y de hecho la reiteró en varias oportunidades. Así, en un ensayo dedicado a “*Bentham*”(1838), explica que todas las naciones que fueron progresistas, conocieron “una oposición organizada frente al poder gobernante, cualquiera fuera la forma que este poder tuviera: plebeyos contra patricios, clero contra reyes, libre-pensadores contra el clero, reyes contra barones [o] Comunes contra el rey y la aristocracia”²⁰. Unas décadas más tarde, en su famoso *Considerations on Representative Government* (1861), alerta sobre la necesidad de mantener vivo el conflicto entre el poder más fuerte de una comunidad y su poder rival, porque “cuando [éste] cesa, es decir, cuando una de las partes logra imponer su posición de manera completa y anula la posibilidad de la contienda, llega el estancamiento y luego la decadencia”²¹.

Un segundo aspecto tributario de esta lección sobre el que Mill reparó, consistía en la idea de que la inmovilidad no era un mal privativo del pasado o, en todo caso, de los estados orientales. Bien podía ocurrir también en el futuro, siempre que el antagonismo que se había manifestado tan fecundo otrora diera paso a la preponderancia de uno de los elementos en pugna. Como recuerda en el segundo artículo sobre Guizot, muchas son las fuentes de las que se nutre el poder: el conocimiento, la religión, la destreza y la disciplina militar, la riqueza, el número o la

que habría abonado el terreno para la recepción de la *Democracia en América*. Cfr “French News”, *Examiner* (21-10-1832), “Sedgwick’s Discourse”, *London Review* (Abril 1835) y la correspondencia mantenida con Joseph Blanco White.

¹⁷ El primer artículo se titulaba “Guizot’s Lectures on European Civilization” y había sido escrito originalmente por Joseph Blanco White. Disconforme con esta versión, en su calidad de editor de la revista (que se llamaría en adelante *London and Westminster Review*) Mill le introdujo varias modificaciones y llegó a considerar este artículo como una obra suya. De hecho muchos pasajes del segundo artículo, “Guizot’s Essays and Lectures on history”, fueron tomados del mismo.

¹⁸ F. Guizot, *Histoire de la Civilisation en Europe*, citado por Mill en “Guizot’s Lectures on European Civilization”, C.W., Vol XX, p. 381.

¹⁹ “Guizot’s Essays and Lectures on history”, en: C.W., Vol. XX, p. 269.

²⁰ “Bentham”, *London and Westminster Review* (Agosto de 1838), en: C.W., Vol. X, p. 108.

²¹ *Considerations on Representative Government*, en: C.W., Vol. XIX, p. 458.

fuerza física. No es conveniente que una de estas fuerzas se imponga de manera hegemónica sobre el resto. Ni siquiera aquella que se precia de ser la más “saludable”, o sea, la que confiere la educación y el conocimiento. Porque, si la clase culta y letrada se organizara bajo un órgano central y ocupara en Europa el lugar que en China tiene el gobierno, asumiendo un “tutelaje paternal sobre todas las operaciones de la vida”, el resultado sería un despotismo mucho más “negro” y contrario al progreso que el que las monarquías militares o las aristocracias habían sabido imponer²².

Desde esta perspectiva, el poder que confiere el número, aquel que las clases medias han ido adquiriendo “gracias al crecimiento natural de la civilización”²³ no es, en sí mismo, el centro del problema. Su ascendencia, tanto en el plano social como en el político es “inevitable” e “irresistible”, pero “el gran peligro no es la preponderancia de la clase democrática, sino la de cualquier clase”²⁴ – recuerda con ocasión de la reseña del segundo volumen de la *Democracia*. En consecuencia, el gran desafío pasa por idear la manera de prevenir que “el más poderoso se convierta en el único poder”²⁵, y por garantizar la existencia de “centro de resistencia alrededor del cual todos los elementos morales y sociales que son vistos con desaprobación por el poder gobernante puedan agruparse, y, bajo su protección, encontrar refugio frente a los intentos de dicho poder para borrarlos de la existencia”²⁶. Analizaré a continuación, el lugar que Mill otorga al antagonismo en el diseño institucional.

III- EL LUGAR DEL ANTAGONISMO EN EL DISEÑO INSTITUCIONAL

De acuerdo al análisis realizado por J. H. Burns, el artículo que Mill publica en la *Edinburgh Review* en 1846 (“*Duveyrier’s Political Views of French Affairs*”) constituye el primer intento por darle una forma institucional a sus ideas en torno a la conveniencia del antagonismo y la oposición en la sociedad²⁷. Durante los siguientes quince años, la mayor parte de sus reflexiones en materia política estuvo abocada a estudiar este problema. En este sentido, cabe destacar que muchos de los temas abordados en *Considerations on Representative Government* (1861) se encuentran anticipados en los siguientes artículos: “*Vindication of the French Revolution of*

²² “Guizot’s Essays and Lectures on history”, en: *C. W.*, Vol. XX, p. 270. Ésta es la prueba viviente de que la apuesta por el poder espiritual, en la versión saint-simoniana que lo había seducido en un principio, lejos de alcanzar los resultados esperados, abrigaba un costado muy peligroso. Así se lo confiesa a A. Comte en febrero del 1842 (Cfr. *C. W.*, Vol. XIII)

²³ Cfr. “Civilization”, en: *C. W.*, Vol. XVIII.

²⁴ “On De Tocqueville’s Democracy in America II”, *Edinburgh Review* (Octubre de 1840), en: *C. W.*, Vol. XVIII, p. 196. Esta idea ya había aparecido en su artículo sobre Bentham. Kahan sostiene que los liberales aristócratas, entre los que sitúa a Mill, tenían una perspectiva sobre la sociedad y las clases sociales que no se derivaba de una mirada milenarista. No aspiraban a una sociedad sin clases o en la que dominara una clase “heroica”, ya fuera proletaria o burguesa. Cfr. *Aristocratic Liberalism: the social and political thought of Jacob Burckhardt, John Stuart Mill and Alexis de Tocqueville*. Oxford University Press, 1992, p. 37.

²⁵ “On De Tocqueville’s Democracy in America II”, p. 197.

²⁶ “Bentham”, en: *C. W.*, Vol. X, p. 108.

²⁷ J.H. Burns, “J.S. Mill and democracy, 1829-1861, Part II”, *Political Studies*, Vol. V, n°3, 1957, p. 284. El artículo mencionado fue publicado en abril de 1846 en la *Edinburgh Review* y en él Mill reseña dos obras del pensador francés: *La Pairie Dans ses rapports avec la situation politique, son principe, ses ressources, son avenir* (1843) y *Lettres politiques* (1843).

February of 1848” (1849), *“Thoughts on Parliamentary Reform”* (1859) y *“Recent writers on Reform”* (1859)²⁸.

En términos generales sus aportes giran en torno a la discusión sobre la composición del poder legislativo y a los mecanismos de representación. En cuanto al primer punto, Mill analiza dos de los argumentos invocados por quienes defienden un modelo bicameral:

a) Por un lado, se cree que la existencia de dos cámaras evita que todo el poder se concentre en las manos de un único depositario, amén de que éste sea un cuerpo colegiado. Esta idea está en sintonía con sus propias convicciones. En efecto, cuando no se precisa de la aprobación de otra autoridad constituida- comenta en el artículo de 1846-, cuando la mera voluntad prevalece sin la necesidad de una lucha previa, en la que ésta se ve forzada a dar cuenta de sus opiniones, el riesgo es que se convierta en un poder despótico²⁹. Mill entiende que uno de los requisitos indispensables para conducción de los negocios públicos- especialmente cuando éstos se apoyan en instituciones libres- es la capacidad de conciliación y la disposición al compromiso. Por esta razón, un cuerpo bicameral cuya labor se caracteriza por el así llamado “toma y daca”, constituye una “escuela permanente” y muy útil de este “hábito saludable”, sobre todo a medida que la constitución de la legislatura se hace cada vez más democrática³⁰.

b) Por otro lado, la existencia de una segunda cámara es presentada como un dispositivo para controlar, corregir y contrabalancear los defectos propios de la asamblea de composición popular. Entre ellos, la falta de aprecio por los objetivos a largo plazo, el desdén por las tradiciones y las máximas sancionadas por la experiencia y la mediocridad de espíritu³¹. Según Mill, la eficacia de este mecanismo reside en el apoyo social que ambas cámaras encuentran fuera del Parlamento, es decir, en la misma sociedad. Así, cree que si en otros tiempos la cámara de los Lores pudo haber sido el poder más fuerte en la constitución británica, en un estado social verdaderamente democrático su peso se verá seriamente reducido. En un mundo en el que la legitimidad que se deriva de la mera riqueza o el nacimiento no concita gran adhesión social, un cuerpo así compuesto no resulta un freno efectivo. Es, eventualmente, un remedio anacrónico. “Puede dejarse[e] vivir por deferencia a los hábitos y recuerdos, mas no como contrapeso”³². El verdadero poder moderador en una sociedad democrática “debe

²⁸ El primero, publicado en abril de 1849 en la *Westminster Review*, presenta un análisis de la revolución de febrero en Francia. Allí Mill reitera algunas ideas contenidas en el artículo de 1846 antes citado. El segundo es un panfleto que fue publicado en febrero de 1859 pero que Mill había compuesto en 1854. En él abandona su apuesta anterior por el voto secreto, la necesidad de parlamentos cortos, y la conveniencia del pago a los funcionarios públicos. Allí también introduce su idea del voto progresivo, su postura favorable sobre un acercamiento gradual hacia el sufragio universal (que debía estar precedido por una suerte de cualificación educativa). Una vez publicado este panfleto Mill tomó conocimiento de la propuesta de T. Hare. Para hacer honor a este trabajo, en abril de 1859 publica el tercer artículo en el que se reseñan las obras de J. Austin (*A Plea for the Constitution*), J. Lorimer (*Political progress not necessarily democratic or Relative/Equality, the true foundation of Liberty*) y T. Hare (*A treatise on the Election of Representatives, parliamentary and municipal*)

²⁹ Cfr. “Duveyrier’s Political Views of French Affairs”, en: C. W., Vol. XX, pp. 295-316.

³⁰ *Considerations on Representative Government*, en: C. W., Vol. XIX, p. 514.

³¹ Cfr. “Duveyrier’s ...”. Allí sostiene que estos defectos a los que el gobierno del número, tanto en la forma pura de América o mixta de Inglaterra, son precisamente los que tiene el sector público por comparación con el sector administrativo, dos sociedades incluidas en cualquier pueblo, según la distinción de Duveyrier.

³² *Considerations on ...*, p. 516.

obrar en y por la Cámara democrática”. Mill justifica esta afirmación de la siguiente manera:

Cuando un partido es débil el medio de fortalecerle no es colocarlo en la línea de batalla frente a su adversario más poderoso y desplegar en campo abierto sus fuerzas respectivas. Semejante táctica aseguraría la derrota completa del más débil. Este no operará con probabilidades de éxito más que tomando posición entre la multitud en vez de hacerlo contra la multitud; en lugar de mantenerse aislado y de pedir a los demás que se declaren por él o contra él debe atraerse los elementos más capaces de fusión; no debe constituirse en ejército enemigo, lo que provocaría una alianza general en contra suya, sino operar como uno de los elementos de la masa, infundiéndole su levadura y frecuentemente dando la preponderancia al partido que, sin el apoyo de su influencia, hubiese sido el más débil³³.

Esta propuesta se encuentra íntimamente asociada a su defensa de un sistema de representación proporcional que asegure un lugar a las minorías dentro del Parlamento. Una idea sobre la que venía trabajando desde 1854 y que perfecciona a raíz de la lectura del proyecto de T. Hare, “*A treatise on the Election of Representatives, Parliamentary and Municipal*” (1859)³⁴. Es en este punto en donde estriba la diferencia entre la democracia verdadera y la falsa, en el hecho de que “toda minoría pueda ser representada por una minoría”³⁵. Sólo así se garantiza la voz y el voto a todos, porque “en la ausencia de sus defensores naturales, el interés de los excluidos siempre está en riesgo de ser desestimado, y cuando se lo considera, se lo hace con ojos diferentes a los que tendrían las personas a las que les concierne directamente”³⁶. La suya no debe confundirse con “la doctrina sofisticada de la representación de intereses”-aclara en “*Recent writers on Reform*”-. “En lo que concierne a los intereses en sí mismos, cuando no son idénticos con el interés general, lo mejor es que tengan la menor representación posible. Lo que se busca es la representación, no de los diferentes intereses que los hombres tengan, sino de las diferencias en sus puntos de vista intelectuales”³⁷. Además, de este modo se abre la posibilidad de que los hombres de intelecto y carácter superior-

³³ Ibidem, pp. 514-515.

³⁴ Cfr. al respecto “Recent writers on Reform” o bien el capítulo VII de *C.G.R.* Allí describe los puntos principales del plan diciendo que: “la unidad representativa, es decir, el número de electores que tiene derecho a nombrar un representante, se determina por el procedimiento empleado para obtener las medidas, esto es, dividiendo el número de representantes por el voto de votantes; todo candidato que alcanzase este cociente sería nombrado representante, aunque los votos hubieran sido dados acá y allá en gran número de colegios electorales. Los votos se depositarían, como ahora, localmente; pero los electores podrían votar por todo el que solicitara sus sufragios en cualquier distrito del país. Los electores que no quisieran ser representados por ninguno de los candidatos locales coadyuvarían con su voto al nombramiento de la persona que más les agradase de cuantas aspirasen a este honor. Por tal manera, tendrían realidad los derechos electorales de la minoría, que hoy se ve virtualmente despojada de ellos. Pero es importante que no sólo los que se rehúsan votar los candidatos locales, sino los que votan por ellos y son derrotados, pueden hallar en otra parte la representación que no han logrado en su propio distrito. Para esto se ha imaginado que cada elector deposite sus votos por medio de una lista que contenga varios nombres, además del candidato preferido. El voto de un elector no serviría más que a un candidato; pero, si no triunfase el primero a quien lo da, por no haber obtenido el cociente, tal vez el segundo sería más feliz” (pp. 453-454).

³⁵ “Thoughts on Parliamentary Reform”, en: *C.W.*, Vol. XIX, p. 329.

³⁶ *Considerations on ...*, p. 405.

³⁷ “Recent writers on Reform”, *Frazer’s Magazine* (Abril de 1849), en: *C.W.*, Vol. XIX, p. 358.

que siempre se encuentran en un número reducido- puedan ser escuchados en el recinto. Será esta porción de la asamblea la que se ocupará de hacer efectiva la función del antagonismo.

Ahora bien, si de todas formas se juzgase indispensable una segunda cámara, lo deseable sería que estuviera compuesta por elementos más competentes para servir de contralor a los intereses de la clase mayoritaria. Mill piensa- en términos hipotéticos según el mismo admite- en un cuerpo al estilo del Senado romano, en una verdadera cámara de estadistas. Ésta debería dar cabida a los hombres que hubieran sido miembros de la Comisión Legislativa³⁸; jueces superiores o presidentes de los tribunales superiores, civiles o criminales; ministros; gobernadores de la Indias o la América inglesa; miembros del servicio civil permanente; generales en jefe; los que hubieran mandado un ejército o una escuadra; y todos aquellos que hubieran ejercido funciones diplomáticas de primera clase durante diez años. Si bien lo más probable es que semejante cuerpo se incline hacia el lado conservador, como estaría fundado sobre el mérito reconocido y el servicio a la cosa pública, no excitaría hostilidad y podría actuar no sólo como poder controlador sino también como una fuerza impulsora. En vistas de que en Inglaterra era casi imposible imaginar el reemplazo de la Cámara de los Lores por esta otra, lo que propone es que eventualmente se incluya en la asamblea actual las clases o las categorías que ha nombrado, en concepto de pares vitalicios³⁹.

En paralelo a estas consideraciones, cuando Mill analiza la constitución de la II República francesa se pregunta si el antagonismo no se mostraría mucho más fecundo y beneficioso si se lo situara en el seno mismo de la sociedad “más que en el órgano legislativo que es el que da efecto [a su voluntad], si debiera tener su lugar entre los poderes que forman la opinión pública más que entre quienes tienen por función ejecutarla”⁴⁰. En el siguiente y último punto, contemplaré esta dimensión atendiendo a los poderes que moldean la opinión pública y al modo en que opera en ellos el principio del antagonismo.

³⁸ En el capítulo V de *CRG* Mill propone la creación de un gabinete especial para la confección de leyes. Este tema había sido anticipado tanto en su artículo sobre “Duveyrier...” (1846) como en “Vindication of the French Revolution” (1849), bajo el argumento de que un cuerpo la tarea legislativa no debería encomendarse a una asamblea representativa tan numerosa, sino que lo que el pueblo debería hacer es no gobernar sino elegir a los miembros más calificados para que gobiernen. No es la tarea de la asamblea legislar sino velar porque un grupo de expertos lo haga. Otro tema que aparece en este artículo es la cuestión de si un cuerpo tan numeroso, compuesto por hombres que no han recibido una educación especial para las tareas de gobierno y no cuentan con experiencia alguna están capacitados para hacer las leyes. Sugiere que en todo caso éste debería ser el ámbito propicio para la discusión de los intereses nacionales y anticipa una idea que sobre la que volverá más adelante concerniente a la conveniencia de que esta tarea recaiga más bien o sobre el Senado o sobre un consejo especial para la legislación

³⁹ *Considerations on...*, pp. 517-518. También propone otra alternativa, que sería que la segunda cámara se fuera elegida por los miembros de la primera, a condición de que no nombrarse a ninguno de sus propios miembros.

⁴⁰ “Vindication on the French Revolution of February 1848”, *Westminster Review* (Abril de 1849), en: *C.W.*, Vol. XX, p. 359. En esta ocasión también sostiene que los franceses han cometido un grave error al permitir que la elección de los miembros de la asamblea y del ejecutivo procedieran de manera directa del pueblo. Para él, ciertos cargos ejecutivos debían ser elegidos con una mirada mucho más atenta a las capacidades de los candidatos, motivo por el cual lo más conveniente era reservar este derecho a la Legislatura. Para evitar que la cabeza del ejecutivo se convirtiera en un mero títere de la asamblea, que no asumiera ninguna responsabilidad y se limitara a registrar edictos, su propuesta pasaba por darle a éste el poder de disolver la asamblea. Así, ambos se controlarían mutuamente y el poder ejecutivo “sería un control mucho más efectivo que una segunda cámara”. Por otra parte, también anticipa que al no haber seguido esta alternativa, es decir, al dejar abierto el conflicto entre ambos poderes, los franceses dejaron la vía abierta para un *coup d'état*.

IV- EL LUGAR DEL ANTAGONISMO EN EL SENO DE LA SOCIEDAD

En 1834 Mill publica una serie de artículos bajo el título de “*Notes on the newspapers*”, en los que suma su voz a una opinión corriente en el siglo XIX: “los periódicos gobiernan el país”, son los “nuevos sacerdotes”, los “nuevos instructores” de la sociedad moderna⁴¹. Gozan de un extraordinario poder (en ocasiones, mayor que el del mismo Ministerio⁴²), pero todavía no han percibido adecuadamente la dignidad de su misión. Ésta se recuesta sobre dos vías principales: por un lado, el ser instrumentos de comunicación y combinación. Los periódicos se han convertido en el equivalente moderno del Pnyx y del Foro⁴³, en tanto permiten a los hombres conocer qué es lo que los otros están pensando y sintiendo. Son el “telégrafo que conduce la señal a lo largo del país”⁴⁴, y, junto al ferrocarril, hacen posible que la democracia de Inglaterra “vote, como la ateniense, simultáneamente en un ágora”⁴⁵. Por otro lado, constituyen las “avenidas de instrucción”⁴⁶ a través de las cuales gran parte de la población (que sabe leer, pero ha recibido una escasa educación intelectual) recibe la mayor parte de la información que posee. Es cierto que la prensa contribuye muy poco a la generación de ideas útiles o profundas- concede en *Principles of Political Economy*-, pero ello no debe inducirnos a minusvalorar el rol importantísimo que ésta desempeña a la hora de difundir el conocimiento. Ella no sólo “corrige muchos prejuicios y supersticiones, [sino que también] mantiene vivo el hábito de la discusión y el interés por los asuntos públicos, la ausencia de los cuales es la gran causa del estancamiento intelectual que se encuentra usualmente entre las clases bajas y medias, sino en todas, de aquellos países en los que los periódicos importantes e interesantes no existen”⁴⁷.

El alegato de Mill a favor de la libertad de pensamiento y discusión es otro de los temas que recorren toda su producción escrita. En 1825, en “*Law of Libel and Liberty of the Press*”, sostiene que la libre discusión debería concernir de igual modo a todos los miembros de la comunidad. Sin ella no puede existir un buen gobierno y es imprescindible en aquellos países en los que se piensa que el pueblo está facultado para

⁴¹ Cfr. “Notes on the newspapers”, *Monthly Repository* (17-2-1834), en: C.W., Vol. VI. En este mismo artículo Mill hace una alusión a T. Carlyle, quien en 1829, en su obra *Signs of the Times*, había dicho que los periódicos son ahora quienes “predican al pueblo diariamente, semanalmente, amonestando ellos mismos a los reyes, aconsejando la paz o la guerra con una autoridad que sólo los primeros reformadores y una clase de Papas de hace mucho tiempo, habían poseído” (Cfr. *Signs of the Times*, London Chapman and Hall, 1858).

⁴² Cfr. “Notes on the newspapers”, *Monthly Repository* (1-3-1834). Allí se refiere al anonimato que de alguna manera proporciona una ventaja para los periodistas porque, a diferencia de lo que ocurre con los hombres públicos, nadie los conoce, ni sabe qué es lo que piensan, nadie se acuerda de lo que se escribió el día anterior. Pueden darse el gusto de alabar a un ministro un día y al otro volverle la espalda. Por lo general difunden ideas ya formadas, pero a su vez pueden influir en su formación. Como ejemplo, destaca el rol desempeñado por Mr. Black, editor del *Morning Chronicle* en la aprobación del *Reform Bill* de 1832.

⁴³ Cfr. *Considerations on ...*, p. 377. En “A. Carrell” (1837), Mill había adelantado la misma idea: “Ahora se percibe que el periodismo a la Europa moderna lo que la oratoria política era en Atenas y en Roma” (p. 172)

⁴⁴ “Civilization”, p. 125.

⁴⁵ “On De Tocqueville’s Democracy in America II”, p. 165.

⁴⁶ *Principles of Political Economy*, en: C.W., Vol III, p. 764.

⁴⁷ *Ibidem*, p. 861. En línea con estos argumentos, enseguida aboga por la abolición de los impuestos que gravan los periódicos.

juzgar sobre los asuntos públicos⁴⁸. Unos años más tarde, en uno de los artículos agrupados bajo el título de “*The spirit of the Age*”, explica que sólo a través de la discusión las opiniones verdaderas son descubiertas y difundidas⁴⁹. En la misma línea, confía a A. Comte que “en los tiempos modernos, el pensamiento nunca es, en el fondo, enemigo del pensamiento”⁵⁰. El verdadero progreso mental y moral se consigue cuando los intelectos se encuentran en una “colisión estimulante”⁵¹ que permite a cada parte adquirir aquellas nociones a las que no hubiera llegado por sí misma. Es por ello que Mill puede afirmar, en su célebre ensayo *On Liberty* (1859), que el silenciar una opinión constituye “un robo a la raza humana”,

a la posteridad como a la generación actual, a aquellos que disienten de esa opinión más aún que los que la aceptan. [Porque] si la opinión es verdadera, se les priva de la oportunidad de intercambiar el error por la verdad; y si es errónea, pierden lo que es un beneficio no menos importante: una percepción más clara y una impresión más viva de la verdad, que se produce por la colisión con el error⁵².

Aún cuando se crea que las verdades descubiertas son correctas, el riesgo que se toma si se les cierra las puertas a la discusión es que se estanquen y se conviertan en “dogmas muertos”. En efecto, ante la ausencia de controversias la necesidad de permanecer en estado de alerta frente a los argumentos que otros puedan esgrimir se desvanece. Tanto los fundamentos como el sentido último de las opiniones se van olvidando y lo único que permanece son “unas cuantas frases conservadas por la rutina”⁵³. Pero la discusión también es fecunda allí donde no existe un conflicto abierto entre una opinión verdadera y otra falsa, sino cuando - lo que es más frecuente- los hombres se encandilan con verdades parciales. “No son los errores sino las medias verdades la ruina del progreso humano”- le escribe a G. d’Eichtal. De modo que la mejor manera de filosofar y discutir no consiste en atacar las opiniones equivocadas que otros puedan tener, sino en mostrar aquel aspecto que no aún no se percibe⁵⁴. Mill se lamenta de que los ingleses no hayan incorporado todavía esta verdad que los filósofos continentales han reconocido hace tiempo, es decir, que la existencia de modos de pensamiento antagónicos son, en materia especulativa, lo que los poderes mutuamente controlados en una constitución política. Por lo demás, su aceptación es “la única base racional y perdurable de la tolerancia filosófica, la única condición bajo la cual la liberalidad en materia de opinión puede ser algo mejor que un sinónimo educado para la indiferencia entre una opinión y otra”⁵⁵. A lo largo de toda su vida, Mill intentó

⁴⁸ Cfr. “Law of Libel and Liberty of the Press”, *Westminster Review* (Abril de 1825), en: C. W., Vol XXI.

⁴⁹ “The spirit of the Age”, *Examiner* (9-1-1831), en: C. W., Vol. XXII, pp. 20-21.

⁵⁰ Carta dirigida a Comte el 6-6-1844. Cfr. C. W., Vol. XIII, p. 632.

⁵¹ *Principles of Political Economy*, en: C. W., Vol. II.

⁵² *On Liberty*, p. 229.

⁵³ *Ibidem*, p. 247.

⁵⁴ Carta dirigida a Gustave d’Eichtal el 7-11-1829. Cfr. C. W., Vol. XII. En “The spirit of the Age”, *Examiner* (9-1-1831) destaca como una constante entre los hombres esta “propensión general e invencible a separar la verdad y tomar la mitad de ella, o menos que la mitad; (...) y a armarse como un puercoespín contra todo aquel que quiera acercarlos la otra mitad, como si éstos quisieran quitarles la porción que ya poseen” (Cfr. C. W., Vol. XII, pp. 20-21).

⁵⁵ “Coleridge”, *London and Westminster Review* (Agosto de 1840), en: C. W., Vol. X, p. 122.

justamente tender estos puentes, buscar una vía de encuentro entre concepciones en apariencia contrapuestas. Valgan como ejemplo, los artículos dedicados a “*Bentham*” (1838) y a “*Coleridge*” (1840), en los que, como sugiere N. Capaldi, Mill buscó sintetizar dos de las grandes tradiciones del pensamiento moderno: iluminismo y romanticismo⁵⁶.

Por último, un clima de genuina libertad, en el que el conflicto entre verdades parciales gozan de vitalidad, es un antídoto necesario frente a la creciente uniformidad y mediocridad que amenaza a las sociedades. Es un requisito para que todos los individuos puedan alcanzar “la estatura mental de la que son capaces”, desarrollen un carácter activo y se animen a pensar por sí mismos. Sólo entonces habrá un lugar para los “hombres de genio”, porque como afirma en una ocasión, “quienquiera que piense, piensa hasta tal punto originalmente”⁵⁷. Es más, Mill sugiere que allí donde las opiniones de la masa se convierten en el poder dominante, el mecanismo indicado para corregir dicha tendencia consiste en alentar a los hombres para que actúen en un sentido diferente a sus mandatos. Incluso llega a afirmar que “en orden a romper con esta tiranía”⁵⁸, los hombres deberían ser excéntricos”⁵⁹.

Como puede observarse, la prensa es uno de los canales a través de los cuales es posible inyectar el principio del antagonismo en una sociedad democrática. Pero esto sólo no alcanza. Mill recuerda que es preciso contar con un “apoyo social” para las opiniones y los sentimientos que difieren de los profesados por la mayoría. Hacia 1840 explica que la forma que adopta ese punto de apoyo varía según los tiempos, los lugares y las circunstancias, pero cree que, en términos generales, en una sociedad en la que predomina el espíritu comercial este centro de resistencia debería estar compuesto por los siguiente elementos: una clase agrícola, una clase ociosa y una clase letrada o culta. Para Mill, el hombre de la clase agrícola representa el “tipo opuesto” al de aquel que nutre las filas de la clase comercial e industrial. Se muestra dispuesto a buscar y a aceptar la guía de otros, tiene “deseos moderados, gustos tranquilos y cultiva los

⁵⁶ Cfr. N. Capaldi, *John Stuart Mil. A biography*. Cambridge University Press, 2004, p. 31. El autor comenta que la idea de contrastar dos pensadores como las mentes seminales de su época había sido sugerido en 1831 por Carlyle. En su reseña sobre la edición de Croker de la vida de Johnson escrita por Boswell, había identificado a Johnson como el progenitor de los tories y a Hume como el progenitor de los whigs, e incluso había afirmado que quien lograra sintetizar a ambos “se convertiría en el hombre de los nuevos tiempos” (p.140).

⁵⁷ Cfr. “On Genius”, *Monthly Repository* (Octubre de 1832), en: *C. W.*, Vol. I, p. 332. Allí entiende este término en un sentido amplio, por lo que el mero hecho de conocer algo que no provenga directamente del conocimiento que nos proveen nuestros sentidos es “un esfuerzo de genio”. Esta facultad de “genialidad” se predica de cualquiera que tenga “la capacidad de extraer el conocimiento de una verdad general de nuestro propio conocimiento, sea que [se lo consiga] a través de la simple observación, o a través de ese tipo de auto-observación que algunos llaman imaginación, o a través de un proceso de análisis e inducción más complicado”. Como dirá unas décadas más adelante, la originalidad o inventiva es un requisito que hace posible tanto el progreso como la conservación de lo ya adquirido. Siendo que todos los asuntos humanos varían constantemente, nuevos peligros e inconvenientes aparecen, y deben ser enfrentados con nuevos recursos, aún cuando lo que se busca es que las cosas sigan siendo como lo eran hasta entonces.

⁵⁸ Mill se vale en una ocasión de la expresión “tiranía de la opinión” para referirse a una nueva forma de dominación de corte más bien social antes que político. Ésta era una idea que había encontrado en la obra de su colega francés, Alexis de Tocqueville.

⁵⁹ Cfr. *On Liberty*, p. 269. En relación a este punto, Mill está convencido de que “una sociedad que mira con celos y desconfianza a la gente original, que impone su común nivel de opinión, sentimiento y conducta a todos sus miembros individuales, puede tener la satisfacción de pensar que es muy moral y respetable, pero no puede tener genios” (“Grote’s History of Greece. II”, *Edinburgh Review* (Octubre de 1853), en: *C. W.*, Vol. XI, pp. 320-321).

placeres y diversiones que tiene a la mano”. Se caracteriza por el apego a su tierra, que se acompaña del apego a su gente y a su propia ocupación. Las tareas agrícolas dejan poco espacio para que el gusto excesivo por los bienes materiales y el dinero alcancen dimensiones preocupantes, de manera que este hombre se satisface con menos ganancias y está menos impaciente por conseguirlas. Es conveniente, por tanto, que esta clase no desaparezca sino que, asistida por una buena educación, permanezca como uno de los elementos eficaces para contrabalancear la preeminencia de las clases medias urbanas⁶⁰.

En cuanto a las clases letradas, su rol es irremplazable a la hora de contrapesar los impulsos y la voluntad de una mayoría poco instruida. Desde muy joven, Mill manifestó un vivo interés por el estado de la educación y por la manera en que ésta era impartida, sobre todo en las Universidades. Uno de los errores profundamente arraigado contra el que era preciso luchar, consistía en considerar que el objeto de la educación “no es ayudar al alumno para que pueda juzgar qué es lo verdadero o qué es lo cierto, sino asegurarse de que éste crea bueno lo que uno cree bueno y cierto lo que uno cree cierto; que enseñar significa inculcar las propias opiniones y que [el rol del educador] no es formar pensadores o cuestionadores [inquirers], sino discípulos”⁶¹. Por el contrario, en reiteradas oportunidades declara que las universidades están llamadas a ser uno de los ámbitos más propicios para la libre discusión de ideas. Su meta debe consistir en “elear las mentes con aspiraciones y facultades por sobre la multitud, [ellas] deben ser capaces de liderar a sus connacionales hacia mayores logros en virtud, inteligencia y bienestar social”⁶². Hacia el final de su vida, Mill fue elegido rector de la Universidad de San Andrés, y en esa ocasión pronunció un extenso discurso en el que condensaba su mirada sobre esta temática⁶³.

V- A MODO DE CONCLUSIÓN

El recorrido realizado a través de estas breves líneas permite una aproximación- sin duda incompleta- a una de las preocupaciones centrales en el pensamiento de John Stuart Mill: el elogio de la diversidad y la apuesta por el antagonismo sistemático como respuesta frente a la amenaza del estancamiento. Son estos principios los que hacen factible la reconciliación entre la estabilidad y el verdadero progreso. Su existencia, en última instancia, es la condición necesaria para que en una sociedad democrática la individualidad encuentre resguardo.

⁶⁰ Cfr. “On De Tocqueville’s Democracy in America II”, p. 198.

⁶¹ “Civilization”, p. 141.

⁶² “Sedgwick’s Discourse”, *London Review* (Abril de 1835), en: C. W., Vol. X., p. 33.

⁶³ Cfr. “Inaugural Address to the University of St. Andrews”, (5-7-1867), en: C. W., Vol. XXI.